

(2)

Lima Diciembre 26 de 1869.

Mi querido Sr. Victor: está el tan lejón que las cosas de esta tierra le llegan frías. De la misma manera se enfria el entusiasmo, de que están poseídas estas Repúblicas, al pasar por sobre los siglos eternos de los siglos. Voy a hablarle algo de política, mezclada con lo que á mi fuertemente me atane. Así conocerá usted el estado de la cuestión americana y el como, antes de que usted me lo aconsejara, se decidida aguantar en esta mala tierra.

Dice usted muy bien cuando repite que Chile le recienta en Ministro de E. E. Pabón y su puesto que las notas que salen de su Departamento no podian ser escritas por un Ministro, sino por algun oficial de la Cancilleria, y ahora me he venido á convencer de ello. Cuenca de los disparates que, por boca de guerra, manda S. E. sosteniendo á sus agentes diplomáticos, se nota en todos los despachos una vaguedad desesperante. Brava vez encuentra usted en los oficios una idea netta, bien definida y perfilada. Así mecia que cuando mandaba Pizarro se limitaba conminaban á decirme, una y otra vez, que explorase con cautela que inquiriesen con sagacidad el espíritu, la intención, la mente de ese mandatario, respecto de Chile. Siempre contentaba yo que no necesitaba pin-

plur diplomacia para saber que el espíritu de
Reyes era abiertamente hostil a nuestro país,
y que, aun cuando no podía afirmarse que ese
General estuviese en criminales comunicaciones con
los Edoes, no era posible saber de que lo tenía
miedo y que se mostraba llano a satisfacer cuan-
tas exigencias le manifestaban. Después de esto
me escribió, diciéndome que pidió al Gobierno
Romano que "se pusiese del lado de Chile y
que prohibiese por cerrar un puerto a la
flota Española." Esto para mi no era claro, por-
que eso de ponerse uno del lado de otro pue-
de tener muchas significaciones, y puede realizarse
en distintos grados. Yo he comprendido siem-
pre que, aun en el caso en que las Repúbli-
cas de América se declaran neutras unas res-
pecto de otras en guerra con potencias de otro
continente, tienen por razón de frotamiento el
deber de no prestar auxilio ninguno al en-
emigo, excepto los de estricta humanidad.

En esto estábamos cuando llegó Santa-
Marta. Ya no puede imaginarse el aire de reser-
va y de misterio, de que se presentó revestido,
y acompañaba una comisión que al Conde envi-
doso japonés, y a mi no se me hizo saber ni
cual era el objeto y fin de su viaje, ni cuales sus
poderes, ni adonde se dirigía. Convencidos se limi-
tó a decirme que venía aquel invitado del carác-
ter de agente especial y Plenipotenciario del Go-
bierno, con la comisión suscitada por Saguzo

que tenía los mismos poderes que el Presidente de la
República. En cuanto a él lo único que decía era que
iba a Norte-América. A todo esto yo no hallaba que
pensar ni que creer. — El mismo día de su llegada vino
a casa, acompañado de Benjamin Vicuña, y me pidió
que lo llevase a ver al Ministro. Benjamin me
dijo que su primer pensamiento había sido ir él
solo a presentarse al Presidente, y que lo había dis-
suadido de este propósito. Sabiendo esto, y calculando
que no era decoroso ni regular ni nada que yo, ignoran-
do lo que este agente misterioso se proponía hacer,
me constituyere de hecho en receso de la Legación, le
indiqué que, mientras estuviese en ejercicio de un cargo
me incumbía a mí hacer llegar a los oídos de este Gobierno
las palabras del mismo, y que el orden natural de las co-
sas era que me suministrase unas instrucciones, a fin de ir
yo a hablar con el Ministro de lo. E. Viendo que
este era para mí un partido tomado, me dijo que lo
que quería hacer era proponer a este Gobierno un
acercamiento con el partido revolucionario, y que si
esto no se conseguía siempre produciría la tenta-
tiva la ventaja de poderle franquear, sin recelo,
el camino de Pisco, endonde se entendería con Prado
y los demás. — Efectivamente, fui a tener una confe-
rencia con el Ministro, en la cual le colé en cara
y le hablé muy fuerte sobre la presidencia, en que el
Gobierno se había colocado en nuestra cuestión, y le eni-
ñí que me contentase redondamente que era lo que el
Perú estaba dispuesto a dar. Me contentó que no
podía ofrecerme mas que simpliciter, por tatar y andar

razones, que es inútil traer a la memoria. En
seguida, paré a hablarle del proyecto de arren-
damiento, a lo que me respondió que era imposi-
ble de hecho y de derecho. Pero, habiéndole ya
observado que no encontraba fuera de lugar tentar
ese camino, por sí o por no, me dijo que en verdad le
parecía que no era prudente desahuciar en lo abso-
luto la tentativa, y que podía mandar a Pisco a
mis agentes, con el fin de recibir las propuestas
que Caneco y Prado hicieran.

Con este salvoconducto se trasladaron Ma-
ta María y casi todos sus compañeros a Pisco.

Después de pensar adelante, le informé
de los antecedentes del nombramiento del Jefe Espe-
cial, que después he podido adquirir. Sé sabe
que la revolución de Febrero se levantó al grito de
desconocimiento de los Tratados de 27 de Enero y
de guerra a España. Todo movimiento popular tie-
ne que enarbolar una bandera para no ser credi-
to y morir por su propia virtud, y la enseña
de la revolución de Arequipa fue aquella. Desde
entonces, los pro-hombres del movimiento y todos sus
adeptos hablaban de que, tan pronto como subiesen
al poder, romperían la sagil obra de Pizarro y apor-

4
terian la empresa de reivindicar el honor nacional, ultrajado por los Godos. Chile y solo Chile fue el que alirmento con sus capitales, sus brazos y sus ardientes simpatias la revolucion Bolshana. Para que ud tenga la idea mas cabal de esta verdad le bastara saber que, mientras los bo-
nos de la revolucion no tenian en Lima precio al-
guno, en Chile alcanzaron hasta el 60% y
nunca bajaron del 40. Se encontraba el ejercito
Restaurador en Trancaya y ya en Valparaiso se
celebraba su triunfo. No era, pues, extraño que
Prado en toda su marcha hiciera repetidas, elo-
cuentes y compromitentes promesas de acompa-
nar a Chile en la guerra contra Espana. Hizo
que mas de una vez hablando de esto llevo un
entusiasmo hasta derramar lagrimas. De aqui
es que en las cartas que continuamente dirigia a
sus amigos de Chile, y en particular a Pancho Pra-
do Abunáte, reiteraba esas promesas de un modo,
que no dejaba camino para fadarse nunca mas
tarde de ellas. Agregue ud a esto que los enviados
que despato a Chile, en calidad de espiontes con-
fidencales, uno de los cuales fue Don Gabon, hicieron
al Gobierno, por medio indirecto, las protestas mas
decididas de amistad y de estrecha union para
la guerra con la Espana. Ud sabe cuales y de
que especie son los ofrecimientos que hacen los Gobier-
nos revolucionarios, cuando todavia divisan lejio el
vacuo de unas del poder, y manifiere si esos ofre-
cimientos se dirijen a la nacion que esta en un

partamos por servirlos y que todavía les presta
el auxilio de un dinero y de sus simpatías.
Sabiendo el Gobierno de Chile presentes todas
estas circunstancias, resolvió mandar a Pedro
Prado como agente confidencial, y aun parece
que le extendió el nombramiento. Santa María
comprendió que se era el momento de ganar
gloria a poca costa, y se ofreció para vi-
sitar al. Como obró para conseguir que se cancelase
el nombramiento de Prado y se le confirmase a él?
Lo ignoro, pero el hecho es que el chequero quedó
como un demonio de enojado.

La presencia sola del personaje, su aire
misterioso, el decaer de sus miembros de la cautiva, el
conocimiento profundo que tengo de su carácter, todo
me hizo entender que no tardaría en pronunciarse
entre nosotros uno ó mas motivos de desinteligencia. Fir-
me en esta idea, tomé la pluma en el acto, escribí a
Covarrubias y le pedí mi carta de retiro. Entonces
procedí sobre fuertes prevenciones, y los sucesos poste-
riores vinieron a darne amplia, amplísima razón, como
los mismos Covarrubias y Santa María me lo han con-
fesado.

Mientras el agente permaneció en Pisco no
tuve nada de que quejarme. Por el contrario, pensé
que si la misión del il. no era, otra que venir a con-
certar con los revolucionarios un plan de sorpresa con-
tra los buques españoles arribados, materia de la cual
me habia estado ocupando seriamente y en la que
estaba a medio entendido con Prado por conducto de agente

de que nos habiamos valido, el objeto no podia ser mas acor-
tado. En efecto, desde aqui no era posible que yo arreglara los
minut details de una expedicion de ese genero, ni podia tam-
poco abandonar mi residencia para ir a conferenciar con
el Gobierno revolucionario.

Supongo que Ud sepa lo que sucedió. Pardo repi-
tió a Santa María lo que venia diciendo desde que dió
el grito en Arequipa, lo que habia repetido en discursos y
en hindis, lo que habia escrito a un amigo, lo que ha-
bian protestado una y mil veces en ajunta. Pero mas ad-
vanste, dijo que estaba dispuesto a hacer todo, absolutamente
todo lo que le indicasen en bien de Chile. Con esta
franquicia y amplia disposicion no hubo mas que pedir.
Francisco Puelma estuvo presente y me ha referido todo lo
que pasó. Santa María, como es natural, supuso que tuvo
que vencer tal y cual resistencia, pero Ud conviene que
en el ejército restaurador no habia otra voluntad que
la de Pardo, y que manifestandole esta de un modo ex-
plícito los comas no tenían otra cosa que hacer que se-
guirle. — De aqui nació que el Gobierno de Lima resol-
viese el envio de los tres buques, con que contaba, a Chile,
con el propósito de atacar en detalle a los que bloqueaban
nuestros puertos, empresa en la que los acompañaria la li-
neral y el Maipo. Pumas, se ajuntó y se firmó un
tratado de alianza entre el Perú y Chile, tratado escrito
a la Gijera, en un campamento, que resultaba poquísimo con-
sorcio de los antecedentes de la cuantia y poquísimo
trato diplomático. La escuadra debia partir de las Chila-
nas el 20 de ^{Octubre} Agosto, y Santa María, conplado en que
lo hecho no podia pasarse, se adelantó a remitir copia

de todo lo obrado a nuestros agentes en el extranjero.
Muyado el día, los marinos se resintieron a tomar el ca-
mino de Chile, y cuando esta noticia llegó a mi
conocimiento apenas tuve tiempo de contratar un
vapor, que fuere a dar abasto al que conducía la
mala para Europa. El qui pro quo costó 15000\$.
Vuelto a Lima el agente especial se quedó
en el Hotel. Un día de esos le mandé notificar Gomez
Sanchez, que saliese del país en un término perentorio,
cuya orden barajé en el mismo día. — Te lo prevení
que Santa María me contó, a su modo, todo lo que
había pasado en Chincha Alta, y que en ese inciden-
te no me dió nada de que quejarme personalmente.

Pero, el hábil tenido cuidado de escribir
a Covarrubias que yo era la persona mas suscep-
tible que había conocido y le pintó, con los colores
que quise, el lance que le he contado de la confe-
rencia con el Ministro de R. E. Covarrubias, de quien
en tanto tiempo, se creyó.

A los pocos días sobrevino el triunfo provi-
dencial, casual, inexplicable, absurdo del ejército restaura-
dor. El General Prado se entró con todas sus tropas a
Lima, las desfiló por las calles, después de un
viaje largo, se empeñó en tomar el cuartel, y el
palacio, y así es que si una división fresca de 200
mil hombres hubiere querido arretrallarlo habría des-

3)
trozado su ejército en media hora.

(La noche siguiente) Al día siguiente del triunfo, notifiqué Casaco al Cuerpo diplomático su elevación al mando Supremo. El Ministro Español no recibió la circular. Esta omisión no podía ser mas significativa. Para penetrarme de la importancia de ella fui a hablar con el Ministro La Puente, y lo que este me dijo no dejó lugar a dudas, ni por un momento, que el nuevo Gobierno tenía resuelto siempre los cascos con el enemigo de la América. Cuando aconteció el incidente de la notificación que Gomez Sanchez hizo a la Anta Maria tuve ocasión casual de conocer los poderes de este y vi que ellos se referían a ciertos y determinados objetos y que en manera alguna embarazaban mi acción diplomática. No obstante, conociendo la clase de amistad que sigue a igual con Colombia, cierto es que cuanto el Ministro merecía la aprobación de este y guiado por un espíritu de consecuencia y lealtad, opté en el acto de poner en su conocimiento lo que estaba pasando y lo que La Puente me había dicho. No perdí momento, lejos de eso se puso en el acto en movimiento y principió a obrar, sin decirme cual era la tendencia de sus intenciones. A todo esto, yo no tenía mas que aquella instrucción vaga, destinada a guiar mi conducta con el Gobierno de Bogotá.

La Administración Casaco, que manejó los negocios en los momentos mas difíciles para el país, cuales eran los de la primera organización de la República, que había quedado enteramente descuadrada, con un gran de ejército, y lo que es peor con la "Humancia" al pen-

te, no pudo romper inmediatamente hostilidades con
tra la España. La escuadra Peruana vino al Callao
en completo estado de demoralización, de tal manera
que con una lancha se la había podido capturar
sin tomar un tiro. El pobre diablo de Canoso se
encontraba perplejo en medio de una situación
compleja y difícilísima, sin un real en las arcas,
acudido por pretensiones de diario jénen y con
el enemigo en su propia casa. Su conducta tuvo
que adolecer de incertidumbre y de vacilación; pero,
los Ministros reiteraban sus protestas de reivindicar
el honor nacional, por medio de la guerra a España.
Fue ocasión de hablar con todos los miembros del
Gabinete y de cada cual recibir nuevas seguridades
de que se declararía la guerra, tan pronto como
la situación tomase alguna consistencia. Mariátegui, que
era el Presidente del Consejo, me prometió que no se
daría un paso, en la cuestión exterior, sin mi cono-
cimiento. Por su parte, Alister trataba de
despejar su posición, y La Puente lo contrataba
con unas lanchas y otros costos. Como esta situación
iba prolongándose y como no se veía bien claro,
aun bien los Españoles continuaban proyectándose y
tomando carbon en el Callao, pasé una nota ra-
zonada al Gobierno, diciendo que, mientras existiere
este status quo y hasta que mi Gobierno adelante
se mis instrucciones, podía que se negare a los Go-
dos víveres y carbon y que se ordenase a la escuan-
cia que saliese del Callao. Esta nota fué estima-
da por La Puente y por Prado como muy agria;

creyeron ver en ella mas de un reproche y llegaron a des-
ciarme que estaba buena para el Gobierno de Pezet, pero no
para el Restaurador. Esto me lo comunicaron amistosamente
y me pidieron que la retirase y que me limitase
a formular mis pretenciones. Mas tarde, cuando Prados
fue Gobierno me indicó que se pasase esa misma nota,
a fin de mantenerla reservada y servirse de ella en
caso de que su Ministerio anduviese flagelado. Pues bien,
Santa Maria, a quien no gusto que yo diese ese impulso
a la situacion, escribio a Covarrubias diciéndole que
la nota era calculada para prolongar el statu quo y
abrir a estos hombres caminos para mantenerse en la
neutralidad, y Covarrubias admitió esa version y el pello
de Ortega me dijo que sentia que yo hubiese expues-
to a un fracaso la negociacion de Santa Maria. Esto
era un doble disparate, porque la nota no tenia ni
podia tener aquella significacion, y porque bajo nin-
gun respecto era ella obstáculo a que mas tarde se
estableciese alianza entre Chile y el Peru, máxime desde
que la aludida negociacion estaba en su primer paso y
que Santa Maria no tenia mas que las mismas pro-
mesas que yo habia recibido. Si se hubiese dejado correr
la nota y en virtud de ella hubiera dado el Gobierno
a la "Humancia" orden de abandonar su fordecador, la
guerra habria sido un hecho en ese mismo instante. Tan-
to comprendió así Santa Maria que para ir una ale-
tante que yo, puse al dia siguiente un despacho, en
que pedía que el Gobierno se declarase abiertamente
a favor nuestro y abrazase nuestra causa. Este des-
pacho tampoco se le dió curso.

Pendientes esta con diriji al Gobierno
del oficio, en que expuse la situacion me hice
cargo del carácter variable de esta nacion, habiéndose
de los antiguos odios que existen en este pueblo
en contra nuestra, sinhe la calidad y estado de
los recursos de belicos ^{+ con} que el Perú podía auxiliar-
nos & &, y de todo ello deduje que era preferi-
ble, en teoria, la neutralidad de este pais a
su alianza, bien entendido que la neutralidad
deberia ser interesada a nuestro favor, tal co-
mo comprendo que únicamente puede existir
entre Estados Americanos en colision con potencias
de otro continente. Pero, agregué que ya pues
que el Perú adoptare en situacion ya que no la
adoptare tenia sus propios motivos que lo impul-
saban a la guerra, y que era moralmente imponi-
ble que no cayese en ella. Visto luego, dije, el in-
cidente de la circular es un obstáculo que no pue-
do salvarse y que ha de producir un rompimiento.
Pero bien, agregué, dejemos a estos caballeros
que caigan en la guerra por causa de ellos mismos,
por motivos peculiares a ellos, y no demos ocasion

ni para que digan hoy que han salido al ayudo
no jenerosamente ni para que mas tarde nos
estén en cura y nos imputen los males que les
sobrevengan. Por otra parte, ya que no tengo ins-
trucciones para hablar a este Gobierno de alianza
ya me abstendré de pronunciar esta palabra,
Pues yo prefiero que cuando ellos inician en la
guerra vengan la guerra, se nos entreguen de
pies y manos y acepten de nuestra discre-
cion, sin que tengan de derecho nada que pre-
dicar. Este plan me parecia tanto mas acepta-
ble cuanto que yo veia que era posible que
nosotros concluyéramos de un modo o de otro
nuestra cuestion particular, y si establecimos alianza
ya con el Perú quedabamos sujetos a perseguir en
todas sus consecuencias las cuestiones peculiares de
esta Republica. Por lo tanto ¿no era preferible
a que en lo mas recio del conflicto nos viesen
estos caballeros alguna fuerza y nosotros, en ley
de hidalguia, no pudiéramos sacudir el yugo de
alianza? ¿no era desacreditar un tanto nuestra jus-
tissima causa nuestra y amalgamarla con la causa
oscura, embrollada y poco decente del Perú en quan-
to se roza con intereses pecuniarios? ¿no era Me-
morado demandado dejar la abnegacion de Chile, hasta
sujetarlo a perseguir la desgracia del Perú en la
Cuestion peculiar de las reclamaciones que, acaso
con justicia, le hace la España? Estas y otras
muchas ideas eran las que yo le sometia al Gobierno.

Mientras tanto, Prado creyó que era llegado el momento de echar abajo la Carrera. Este podía crear raíces en el Poder, por lo demás ya se principiaba a hablar de candidatura. Este negocio y Castilla debía llegar de un momento a otro. Todo esto aconsejó a Prado dar el golpe de mano que tenía preparado desde Francisco. Pero, como necesitaba un pretexto plausible y noble, tomó el que se presentaba a mayor altura el de la reivindicación del honor nacional, y de la guerra pronta a España. Se hizo una fureta vistosa, mas ridícula que cuanto se había presenciado en su larga carrera política, y Prado se colgó al collar de Dictador.

Aquí fue la de Santa-Elena. Él había escrito que todo lo que se hacía y lo que se haría se le debía a él, que él tenía únicamente los papeles de la negociación, &c. y todo se lo creía con dolorosamente Covarrubias. Él fue que antes de llegar a mano de este las notas, en que yo le hacía aquellas apreciaciones, apreciaciones referentes a la situación en que estaba el Gobierno Carrero principalmente, mandó credenciales de Plenipotenciario a Santa-Elena, y a mí me escribió una carta llena de satisfacciones, diciéndome que el paso que se había visto obligado a dar era para él dolorosísimo, pero que la salud de la patria lo exigía, puesto que Santa-Elena era el poseedor de los secretos del negocio. Debo advertirte que mucho antes me había escrito en el sentido de que, si yo

creía necesitar plenos poderes, en el acto me los envió, y
misma promesa que me hizo cuando aceptó contra toda
mi voluntad la misión. — A vista de aquella carta
me hice estas preguntas: ¿por qué vino Santa Maria
rodeado de misterio? ¿por qué principió el las ha-
medas negociaciones, sin mi conocimiento? ¿luego el
desenlace de la comedia venia preparado de ante-
mano?

Mas tarde, cuando el Ministro recibió mi oficio,
Artoaga me escribió que las ideas que yo escribí en
ello (que no eran mas que meras reflexiones para
ilustrar al Ministro y dar prebulo á sus meditaciones
al tiempo de que me impartiere instrucciones) que
tales ideas servian á justificar la medida que dolo-
ramente habia tomado el Gobierno. Esta pretendida
justificación es posteriori es lo mas jesuitico e hi-
pocrita que me ha venido de mi tierra. En primer
lugar, mi ideas no habian determinado ninguna ac-
ción via, ni el sentido de embarazar la guerra del
Perú, lo de eso yo habia citado inadvertentemente ha-
blando á los Ministros de que el honor de este pais
y su conveniencia les imponian el deber de hacer
de una vez la guerra á España. Al mismo tiempo
habia estado todo los dias aconsejando que se hiciera
salir del Callao los buques, que se mandara á
lugar seguro la torrecilla y el cañon del Monitor,
que se armara el Callao, que se hicieran contratos
sobre girano &c. En segundo lugar, si Santa Maria
habia conseguido cañer los buques de una negociacion
con el carácter privado ~~que~~ ó confidencial que

invocaría i que impedimento habia para que con-
tinuasen justificando del mismo modo? — Se busca-
ba, pues, la justificación para salvar la honora-
bilidad de la medida, sin tomar en cuenta que
solo a un tanto se podía engañar de esa manera.

Sea de todo esto lo que fuere, la verdad
del caso era que Santa María, Fr. Bernardo
José de Faro o el que a él se le antojase habrían
podido hacer lo que se les hubiera querido cargar
con todas las obligaciones contraídas de antemano
y ademas necesitaba la guerra a España como
resorte de política interior. Sin esta poderosa
palanca, el pobre coronel no habría podido
mover la menor reformita como la que se ha
ido haciendo. Esto es palpable y no se le sut-
ta a nadie. — Ahora bien, i que es lo que se ha
hecho? Primeramente, se envió las Fragatas
"Chiloe", con el objeto de reparar a las sus av-
rias y en seguida sacarlas a campaña. El Gobierno
no vaciló entre enviarlas a California o a Chi-
loe, y si el tiempo no fuere apurado yo le pro-
pongo a Ud. que el que decidió que el destino fuese
este último fué el que suscribe. Con respecto, las cor-

97
beten tuvieron que seguir al mismo destino por
que no era posible mantenerlos en el Callao espues-
ta a un golpe de mano y porque no ha-
bia otro punto que Chile admitiera dirijirlos.
Además Vd a esto que las tripulaciones de
estos buques estaban en mas que penoso estado, y
era absolutamente necesario que completasen su
dotacion y se adiestrasen en el tiro al blan-
co, lo que no podia tener lugar sino en Chi-
le. Por lo que toca al Tratado, no hizo Car-
tafina mas que copiar el que habia ajunta-
do con el Gobierno revolucionario, y a la verdad
que jamas se habia hecho una cosa peor.
Es posible que en medio del calor de la
guerra y cuando lo que se quiere no es mas que
vencer a los Españoles de cualquier modo, las
Cámaras de Chile ratifiquen ese Tratado, y
posible tambien que lo acepten otras Repúblicas
del Continente; pero, si se lo estudia bien, se
veria que Chile habia hecho un disparate. No
le aplicare por estenas mi pensamiento, porque no
hay tiempo. Pero, me bastará observarle que del
preambulo resulta que hay completa identidad en
tre las situaciones respectivas de Chile y del
Perú y acaso que esto ha caído a depender je-
neralmente de aquel; y del art 12 se desprende
que nosotros son hacemos estarnos de la con-
tina meramente pecuniaria de esta República,
cual es la de las reclamaciones, es decir, que no
mandamos ni políticamente hemos ido a asumir

una buena parte del des crédito de la revolución
Permana y nos vemos ido al gran para de-
fender los intereses pecuniarios de esta nación
solo en un pulso en sus papeles.

En fin, lo que aquí se ha visto, com-
tando con la voluptuosidad y la necesidad se
obra del nuevo Gobierno, es parecido a lo
que ha visto el Gobierno de Chile impulsa-
do y sostenido por la opinión pública
del pueblo. Sin embargo, veremos como se teja
corona para las ilustraciones de la época.
Lo que me puto de todo lo que es honor y
gloria y que en estas circunstancias no ambu-
simo otra cosa que servir a mi país, me
he resignado con gusto a estar tras de bar-
tidores haciendo lo que mis fuerzas me per-
miten. Si en la presente como mis amigos
han estado conmigo ha habido baja entera
y poco beneficio deo de a parecer, tanto
peor para ellos. Se echado el olvido todo lo
pasado y si ahora lo recuerdo es para que
vd lo sepa y para que una vez mi Union a
las naciones que va ha recibido en su vida. Por
lo demás, puede servir lo que he escrito de
apuntes para la historia.

Actualmente están las cosas in statu
quo. Parece que Prudo espera la ratificación
del tratado para declarar la guerra. Esta aser-
ta de hecho, pero no es pública ni franca, cual
corresponde a una nación y cual debe ser regu-

el Revolucion de Tenter.

La muerte o suicidio del Solo Paje, la
toma del Covadonga & con punto bien alto nues-
tro nombre, infundiendo aliento en los débiles & dan-
do impulso a los que vacilaban. La victoria es segura.
Chile conquistará el primer lugar en la América
& ganará cierta consideración en Europa.

Todo lo que hay de privado en esta carta
es solo para vd. Lo demás pueden saberlo nuestros
amigos que lo acompañan.

Una Constantina está buena. Se envía mil re-
cuerdos. La chilenita no me deja ni siquiera un ojo.

Recibe un abrazo de su aferrado amigo

M. M. Pizarro